

HISTORIA DE SU VIDA

Madrileña, su trayectoria existencial abarca parte del s. XIX. Con su servicio generoso dio calidad cristiana a esta época más bien insustancial que España atravesaba. Nacida el 2 de diciembre de 1826, murió el 11 de octubre de 1877. Al vestir su hábito religioso cambió el nombre de Manuela Bibiana por Soledad. Era mujer sencilla, «de poca cosa», pero le plantó cara al dolor y a la soledad de los enfermos. Inventó una patrulla de mujeres con la jornada vuelta al revés: duermen de día, en conventos silenciosos en el corazón mismo de las ciudades; y cuando la gente ha terminado su trabajo, al fin de la jornada laboral, ellas se desparraman de puntillas como un pequeño hormiguero por las calles, a la búsqueda de los pisos donde hay enfermos que, sin dormir, acompañados por el dolor, necesitan alguien que les dé compañía y alimento, alguien a su lado, velando hasta la madrugada. Las hijas de madre Soledad llevan el hermoso título de «Siervas de María, Ministras de los enfermos».



El invento de Soledad Torres Acosta comenzó gracias a una tertulia que un «cura romántico» madrileño -encargado de la iglesia filial de la parroquia de San José, que atendía los fieles del barrio de Chamberí- tuvo hacia 1850 con un grupo de amigos, uno de ellos comentó la enfermedad de su hija y cómo no encontraba a nadie que la cuidara por la noche, pues a las Hijas de la Caridad sus reglas les prohíben servicios a domicilio. Don Miguel Martínez, que así se llamaba el cura, decide buscar siete damas que se ofrezcan para un nuevo sistema de asistencia al enfermo domiciliario. Recibió seis ofertas, pero él, quería siete, en honor de los Siete Santos Fundadores («Servitas»), que fundaron en el s. XIII una orden dedicada a propagar la devoción a Nuestra Señora de los Dolores.

Apareció la séptima, Manuela Bibiana Torres. Hasta los veinticinco años fue una mujer sin historia. Tuvo la fortuna de hallar excelentes confesores, un jesuita y un capuchino, quienes le aprobaron que dialogara con don Miguel, el

cura de Chamberí, y se ofreciera para «séptima sierva de los enfermos». El cura la aceptó, un poco a regañadientes, pues deseaba jóvenes de más elevado nivel social. Tomó el nombre de Soledad para la ceremonia inaugural del instituto en agosto de 1851. La idea de asistencia a domicilio, gran novedad de la época, funcionó de mil maravillas.

Don Miguel marchó de misionero a Guinea española llevando alguna de las Siervas, y dejó a Soledad como superiora de la congregación. Soledad multiplicó su tiempo: formando a las novicias, dando ejemplo en los quehaceres más humildes, fundando casas para el nuevo instituto, enviando incluso monjas a América ... Y devorando amarguras, pues el sucesor de don Miguel, poco discreto, decidió apartarla del mundo y la destinó al convento de Getafe. El instituto estuvo a punto de disolverse. Por fortuna el tercer director, don Gabino Sánchez, recuperó a Soledad y entre los dos afrontaron un desarrollo fecundo, en número de Siervas y tareas ejemplares. Madrid se asombró de la abnegación de las «nuevas monjas» cuando la junta de beneficencia les pidió

que hicieran frente a un inicio de epidemia de cólera. El cardenal arzobispo de Toledo les aprobó las constituciones a primeros de 1867 y, a finales del mismo año, Roma les concedió su «decreto de alabanza».

Todavía tuvo que soportar Soledad disgustos y ataques, pero ella siguió las huellas de Jesús: los enfermos buscaron a Cristo, Soledad buscó a los enfermos. Pasó con sus Siervas noches amargas, de escasez, frío, hasta hambre; le tocó gobernar una congregación nacida de un ataque romántico, dar fundamento sólido a un instituto vacilante; viajar sin descanso para las nuevas fundaciones: Lucena, Granada, Barcelona, San Sebastián, Pamplona, Valencia ... , toda España. Durante un viaje a Roma recibió la bendición de León XIII, «quien impuso sus manos sobre su cabeza». Pío XII la beatificó en 1950 y Pablo VI la canonizó el 25 de marzo de 1970. Había fallecido el 11 de octubre de 1877, fecha en que se celebra su festividad litúrgica. *(Texto de J. M^a. Javierre)*

ELOGIO DE SAN PABLO VI, AL CANONIZARLA

María Soledad es una fundadora. La fundadora de una familia religiosa muy numerosa y difundida. Óptima y próspera familia. De este modo, María Soledad se inserta en ese grupo de mujeres santas e intrépidas que en el siglo pasado hicieron brotar en la Iglesia ríos de santidad y laboriosidad; procesiones interminables de vírgenes consagradas al único y sumo amor de Cristo, y mirando todas ellas al servicio inteligente, incansable, desinteresado del prójimo.

Por esto, contaremos a las Siervas de los enfermos en el heroico ejército de las religiosas consagradas a la caridad corporal y espiritual; pero no debemos olvidar un rango específico, propio del genio cristiano de María Soledad, el de la forma característica de su caridad; es decir, la asistencia prestada a los enfermos en su domicilio familiar, forma ésta que ninguno, así nos parece, había ideado en forma sistemática antes de ella; y que nadie antes de ella había creído posible confiar a religiosas pertenecientes a institutos canónicamente organizados. La fórmula existía, desde el mensaje evangélico, sencilla, lapidaria, digna de los labios del divino Maestro: Estuve enfermo, y me visitasteis, dice Cristo, místicamente personificado en la humanidad doliente..